



La palabra y su utilización es uno de los mayores —por no decir el principal, aunque me quedo con las ganas— focos de conflicto entre los humanos, y causa de confrontaciones a veces enormemente enconadas.

La palabra con sus matizaciones, sus inflexiones, sus entonaciones, sus acepciones, prestándose —o exigiendo— constantemente a que se la interprete, es una eterna zancadilla que la vida tiende para hacernos caer en la trampa que ella misma, la palabra, antes de pronunciada, aun sólo pensada incluso, nos tiende bajo el pretexto engañoso de que sirve para comunicarse y entenderse.

Cuando hablamos, en general cuando nos comunicamos ya sea oralmente o por escrito, sólo hay dos posturas de las que partir o en las que apoyarse; la objetividad y la

subjetividad.

La objetividad no ofrece apenas problema.

Con objetividad estoy pensando, por poner un ejemplo y que es lo primero que me ha venido a la cabeza, en los Principios de la Termodinámica. Que lo busco en internet, a ver qué es eso, y si bien no entiendo una palabra de lo que leo, entiendo sí que si la afirmación de que la energía ni se crea ni se destruye sino que tan sólo se transforma se corresponde de manera fehaciente con el comportamiento real de la energía y está, además, comprobado que es verdad — y que parece ser que lo está—, ella, la energía, se va a seguir comportando del mismo modo tanto si me lo creo como si no me lo creyera. De modo que no tengo nada que objetar ni que decirle ni a la energía, ni a sus leyes, ni qué rebatir a quienes sosteniendo con conocimiento de causa que las tales leyes son esas y no cualesquiera otras tratasen de convencerme. Y que me convencerían. Es más, me tienen convencida.

Entiendo así que quienquiera que me abordara en plena calle —estoy fantaseando— y me dijera, señora, voy a enunciarle las leyes de la termodinámica, no estaría persiguiendo al recitarlas objetivo más personal o interesado que el de dejar constancia de que se las sabe; que podría ser un objetivo pueril, si se quiere, un alarde de “vea usted cómo soy persona instruida”, un pecado de vanidad pero inofensivo y muy pequeño, nunca pecado grande, Capital, de Soberbia, ni atentado contra el mandamiento de la ley de Dios que reza “no darás falsos testimonios ni mentiras”; no estaría habiendo en esa persona voluntad —o yo al menos no la estaría percibiendo— de entrar en tipo alguno de desacuerdo conmigo, y no me pondría en guardia ni me incitaría a elaborar un argumento que esgrimir para contradecirla.

O el Teorema de Pitágoras que, te pongas como te pongas y al margen de quién te lo cuente o de los intereses que lo guíen, siempre que eches mano de un triángulo y halles el cuadrado de la hipotenusa te va a demostrar —te guste o no y aunque patalees— que ese cuadrado de esa hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los dos catetos de ese mismo triángulo.

O el de Tales.

O el Principio de Arquímedes. Que lo busco también en internet, y si bien en las fórmulas no me detengo gran cosa porque me entra como que mareo, tiendo a creérmelo porque tengo no

sé qué sospecha (algo que debí de aprender de niña) de que si, por desconfianza tal vez, quiero verificarlo por mí misma tendré que llenar una bañera, hasta el borde, y meterme dentro, y cuando salga armarme de cubo y de fregona y recoger tantos litros de agua como mi cuerpo haya desplazado. Y ocurre que no tengo bañera y que aunque la tuviese el realizar el experimento me daría muchísima pereza —por lo de la fregona mayormente—; y que no hacemos ni mi experimento ni yo ninguna falta porque para eso está —bueno, estuvo— el propio Arquímedes gritando su célebre Eureka mientras corría desnudo por las calles de Siracusa montando —apreciación sí subjetiva ésta, por mi parte, pero doy en pensar que objetivamente no descabellada— un número que debió de ser bastante pintoresco, o no, dependiendo de cómo fuesen en el lugar y en la época los conceptos de decoro y de recato.

Y lo mismo, en lo que concierne a la objetividad, sucederá a la hora de dar o recibir respuestas a preguntas tales como si la Tierra se mueve o no se mueve o si es ella la que gira alrededor del Sol o el Sol alrededor de ella. O si media docena (de huevos, por ejemplo) es lo mismo que tres pares (de los mismos).

Con la subjetividad y todo cuanto está sujeto a ella, la cosa se complica inevitablemente.

Basta que en un grupo de amigas que se juntan para pasar la tarde chismorreando o jugando al julepe se le ocurra a alguna preguntar, así, de pasada, cómo cocinar la ternera a la jardinera y a otra se le ocurra apuntar que un poquito de zanahoria le da muy buen sabor para que otra, poniendo el grito en el cielo, exclame que por Dios, y que dónde se ha visto, y que zanahoria nunca.

Aunque a lo mejor no he puesto un ejemplo muy acertado; que quizás exista una receta única y universalmente homologada que lleve el nombre de “ternera a la jardinera” que esté compuesta de muy precisos y determinados ingredientes y ningún otro, y que sólo ella merezca por derecho lucir ese nombre, y que todas las demás terneras cocinadas sean “ternera con cosas”; pero, entretanto, las señoras del julepe seguirán dirimiéndolo y teniendo tema de conversación quién sabe si para el resto de la tarde.

Y que no se tomen a mal qué estoy diciendo las señoras que juegan al julepe, o al continental o a la canasta; ni los seguidores de un equipo de futbol disintiendo con los del equipo contrario en que los que merecieron ganar el partido fueron los del club que llevan en sus corazones, o si un gol fue o no fue gol dependiendo —como es natural— de cuál de los equipos lo metió.

Que no se lo tome a mal nadie ni ninguno porque exactamente lo mismo sucede con los filósofos, los teólogos, los economistas o los ingenieros de caminos canales y puertos, que si uno dice que lo ideal es que la carretera rodee la montaña el otro dirá que mejor un túnel; o, por alargarme un poquito más, los tertulianos de cualquier tertulia televisiva o radiofónica que se supone que han sido convocados al plató o a la emisora para, entre todos, desentrañar la verdad o la justicia de qué ocurre en un país, o en un planeta, o en un universo o en un cosmos, y la justicia y la verdad de cómo están funcionando la economía o la política o la propia justicia.

Pero, en cualquier caso, a la larga o a la corta, siempre cabrá la posibilidad de que se hagan las comprobaciones pertinentes mediante el visionado de las jugadas a cámara lenta—en el caso del futbol—; y, en algunos del resto de los casos, el tiempo dirá a la vista de los resultados quién estaba acertado y quién en el error. Es cuestión tan sólo de esperar.

Ocurre, sin embargo, que hay cuestiones en que la cuestión no lo es de esperar. Que para algunos del resto de los casos mencionados —que no serán los mismos que los “algunos del resto de los casos” aludidos en el párrafo inmediatamente anterior— no parece que apunten en el horizonte visos de que pueda llegarse a conclusiones unívocas ni inequívocas.

Estoy pensando en todo cuanto tiene que ver con creencias, con conceptos tan huidizos o abstractos como puedan ser la Fe o la Bondad. O la idea de Dios.

Y es que ahí ya todo cuanto pueda decirse va a ser subjetividad. Y la cosa inevitablemente se complica.

Y se complica mayormente no por el propio hecho de ser subjetividad. La subjetividad creo que es buena, que por medio de ella y gracias a ella cada cual elabora su propio mundo, con sus propias luces y sus propias sombras y sus propios ojos con que contemplarlas y sus propios puntos de vista con que mirar a los ojos y a los puntos de vista de los demás; y desde ahí puede ir matizando, puliendo aristas de las propias convicciones, y desbrozar y desbastar, y reparar en facetas del prisma de su sentir y de su pensar en las que desde su sólo “yo” sin interferencias, sin la aportación de la subjetividad de los otros y el diálogo a que el contrastar las diferentes opiniones empuja, no habría reparado; se complica porque, así como en cualquiera de tantos otros temas como puedan ser discutidos o llevados a debate, el que se expresa, el individuo que participa, no tiene sensación de estar poniendo en riesgo algo que vaya más allá de la idea que los otros puedan forjarse de su cultura, de su formación, de su ideología o de su estatus, en lo tocante a temas en que sus palabras vayan a poner de manifiesto cualidades vinculadas a una mayor o menor calidad de su sentido de la ética, o de su sentido de la justicia, o de conceptos tan sutiles como Bondad, o Fe, o idea de Dios, se siente en la obligación o en la necesidad de estar a una determinada altura que, entiende, le conferirá un cierto halo de espiritualidad.

¿O soy yo quien desde mi subjetividad elaboro un personaje al que invisto de miedos o pudores o vanidades o soberbias? Yo quien, desde lo que aprecio y valoro como calidad de mi sentido de la ética o de la justicia o de conceptos tan sutiles como Bondad o Fe o idea de Dios, me siento en la necesidad u obligación de denostar aquello que considero vanidades o soberbias.

¿Pero por qué menciono vanidades y soberbias y paso por alto miedos y pudores?

Tal vez —me respondo— porque miedos y pudores sí soy consciente de tenerlos, y porque son míos desde mi subjetividad los justifico, ante mí misma, y los comprendo, y les concedo una cierta nobleza porque al justificarlos considero que son garantía de no incurrir en las soberbias y vanidades que sí enjuicio como defecto.

Pero también, yo sola y a mí misma, me doy la réplica. O considero, al menos, que debiera dárme la.

Con la Verdad, por ejemplo. Por más que sepa que los cerebros que mejor piensan y han pensado, y que las mentes más preclaras al respecto no han logrado —desde algún que otro siglo antes de Cristo (que no llevo la cuenta) hasta nuestros días— pese a sus esfuerzos y cavilaciones dar con ella —que de haberla encontrado estaría escrita, habría un libro más o menos gordo titulado así, La Verdad, y los niños la aprenderían en los colegios lo mismo que se aprende la tabla de multiplicar, y estaría incorporada a nuestra cotidianidad, y sería algo sabido que sale sin sentir y sin pensar, y no habría más que buscar— no puedo sustraerme al

pensamiento de que el común de los mortales (o no tan común, pero no quiero ser tacaña) no puede a su vez sustraerse al intento de tratar de encontrarla...

Y la encuentran, la encontramos.

A cada paso y a la vuelta de cada esquina de cada razonamiento la encontramos; la encontramos y estamos, como es natural y humano, encantados de habernos conocido, y felices y satisfechos seguimos nuestro camino hasta darnos —como no siempre, o casi nunca, los caminos van todo derecho ni los que los transitamos estamos ciento por ciento a lo que estamos— de manos a boca con la siguiente esquina que nos desvela una nueva verdad que, esa sí, pensamos inocentes, será la definitiva y Verdadera.

Y no lo es, y no va a serlo, pero ni más ni menos de lo que tampoco lo fueron todas las Verdades de tantos filósofos como en el mundo han sido ni lo son ni lo serán todas las de los que lo siguen siendo; que para qué seguirían siéndolo si no fuera para continuar buscándola.

Pero cuesta, a los mortales corrientes por lo menos, no ya el admitir “me equivoqué” sino el encajar que inevitablemente volverá a ocurrir.

Llegada a este punto me doy cuenta de que me he perdido. Que no sé qué hago hablando de la Verdad que no es que no me importe, pero, la verdad, no creo que haya nada más lejos de la verdad que lo que pudiese impulsarme a empezar estas páginas... Quiero decir, que no quiero tachar, que no es que sí crea que lo que pudiese impulsarme a empezar estas páginas esté cerca de la mentira... Aunque reconozco que lo he dicho, así:

“no creo que haya nada más lejos de la verdad que lo que pudiese impulsarme a empezar estas páginas”.

Y eso —y doy mi palabra de que no estoy pretendiendo desdecirme ni justificarme— sé con total certeza que no es en absoluto lo que yo quería decir. Y si afirmo que lo sé con total certeza es porque estoy segura de que lo que tenía en mente al empezar estas páginas era —que lo recuerdo perfectamente— la futilidad del lenguaje, que, lo sabe todo el mundo y además salta a la vista, no tiene nada que ver con la verdad.

En este nuevo punto me asaltan, por sorpresa y a traición, tres dudas.

—¿El lenguaje no tiene nada que ver con la verdad? —me pregunta la primera.

—¿Lo sabe todo el mundo? —quiere saber la segunda.

—¿Salta a la vista? —me interpela la tercera.

—Y eso de “por sorpresa y a traición” —una cuarta voz, algo chillona, que no me parece de duda pero tampoco sabría decir de qué sí es— ¿Qué sorpresa ni qué traición cuando eres tú solita la que se ha metido en la boca del lobo?